

Arañas

Pasito a paso, hilo tras hilo, el arañero se acerca a la araña. Le ofrece música, convirtiendo la telaraña en arpa, y danza para ella, mientras poquito a poco va acariciando, hasta el desmayo, su cuerpo de terciopelo.

Entonces, antes de abrazarla con sus ocho brazos, el arañero envuelve a la araña en la telaraña y la ata bien atada. Si no la ata, ella lo devora después del amor.

Al arañero no le gusta nada esta costumbre de la araña, de modo que ama y huye antes de que la prisionera se despierte y exija el servicio completo de cama y comida.

¿Quién entiende al arañero? Ha podido amar sin morir, se ha dado maña para cumplir esa hazaña, y ahora que está a salvo de su saña, extraña a la araña.

Serpientes

Ardían las brasas, chorreaban sus jugos los chorizos, de las carnes doradas se desprendían aromas de perdición. Frente a su casona de piedra, en la sierra de Minas, monte adentro, don Venancio ofrecía un asado a sus amigos de la ciudad.

Ya estaban por empezar a comer, cuando el hijo menor, muy chiquilín todavía, anunció:

—*Hay una víbora en la casa.*

Y alzando un palo, pidió:

—*¿La mato yo?*

Fue autorizado.

Después, don Venancio entró y comprobó: un trabajo bien hecho. En la cabeza, aplastada por los golpes, se adivinaba todavía el dibujo de la cruz amarilla. Era una crucera, y de las más grandes. Dos metros, quizá tres.

Don Venancio felicitó al hijo, sirvió el asado y se sentó. El banquete fue celebrado largamente, con varios bises y mucho vino.

Al final, don Venancio brindó por el matador, anunció que iba a darle el cuero de la serpiente, su trofeo, y los invitó a todos:

—Vengan a verla. Era enorme, la hija de puta.

Pero cuando entraron en la casa, la serpiente no estaba. Don Venancio masculló la bronca, entre dientes, y dijo que hay que joderse, nomás:

—El compañero se la llevó para la cueva.

Y dijo que siempre es así. Sea serpiente o serpienta, macho o hembra, el muerto siempre tiene quien lo venga a buscar.

Entonces todos volvieron a la mesa, al vino y la charla y los chistes.

Todos volvieron, menos uno. A Pinio Ungerfeld le costó salir. Él se quedó en esa casa, un rato largo, clavado ante esa mancha negra seca en el suelo.

Sobreviva

El sol se está escondiendo tras los cipreses, cuando Aurora Meloni llega al cementerio de San Antonio de Areco. La han llamado:

–Necesitamos el lugar. Se muere mucha gente, usted comprenda.

Un funcionario le dice:

–Mucho gusto, señora. Son trescientos pesos. Aquí tiene.

Y le entrega una bolsa de ésas que se usan para echar la basura.

Un automóvil enorme la está esperando.

El chofer, vestido de negro desde la gorra hasta los zapatos, maneja en silencio.

Ella agradece ese silencio.

Al otro lado de la ventanilla, el mundo corre. En un descampado, unos muchachos juegan al fútbol. Aurora no soporta esa alevosa felicidad, y da vuelta la cara. Mira la nuca del chofer. No mira la bolsa, que viaja en el suelo.

Dentro de esta bolsa de plástico, ¿quién está? ¿Está Daniel? ¿Aquel muchacho que vendía con ella queso casero y dulce de leche en las ferias de Montevideo? ¿Aquel que amenazaba con cambiar el mundo y terminó en la cuneta de una carretera como ésta, con treinta y seis balazos en el cuerpo? ¿Por qué nadie les avisó que todo iba a durar tan poco? ¿Dónde están las palabras que no se dijeron? Las cosas que no hicieron, ¿dónde están?

Los que dispararon, los asesinos de uniforme, siguen estando donde estaban. Pero ella, ¿dónde está? En este automóvil de nunca acabar, este fúnebre adefesio de alquiler, ¿está ella? ¿Es ella esta mujer que se muerde los labios y siente agujitas en los ojos? ¿Será esto un automóvil? ¿O será aquel tren fantasma que alguna vez se escapó de la vía, con ella adentro, y se la llevó a ninguna parte?

Las trampas del tiempo

Sentada de cuclillas en la cama, ella lo miró largamente, le recorrió el cuerpo desnudo de la cabeza a los pies, como estudiándole las pecas y los poros, y dijo:

–*Lo único que te cambiaría es el domicilio.*

Y desde entonces vivieron juntos. fueron juntos, y se divertían peleando por el diario a la hora del desayuno, y cocinaban inventando y dormían anudados.

Ahora este hombre, mutilado de ella, quisiera recordarla como era. Como era cualquiera de las que ella era, cada una con su propia gracia y poderío, porque esa mujer tenía la asombrosa costumbre de nacer con frecuencia.

Pero no. La memoria se niega. La memoria no quiere devolverle nada más que ese cuerpo helado donde ella no estaba, ese cuerpo vacío de las muchas mujeres que fue.